

Entre dos culturas

El Premio Nobel de Literatura. La mirada de Kjell Espmark.

Una herencia controvertida

María-Dolores Albiac

¿Por qué concede la Academia Sueca el Premio Nobel de Literatura? ¿Por qué se concede a determinados escritores? Espmark intentó explicarlo.



El profesor, novelista y poeta Kjell Espmark ha escrito con claridad y elegancia un riguroso libro de historia, *El Premio Nobel de Literatura. Cien años con la misión*¹,

¹ Kjell Espmark, *El Premio Nobel de Literatura. Cien años con la misión*, traducción de Marina Torres, Nórdica Libros, Madrid, 2008, 363 pp. La primera edición sueca es de 2001. En lo sucesivo pondré el número de las páginas correspondientes a las citas que haga entre paréntesis para no multiplicar llamadas y notas *ad calcem*.

para explicar por qué concede los premios Nobel la Academia Sueca, qué impulsa a concederlo a determinados escritores y, junto a las tendencias estéticas e ideológicas que han pugnado por prevalecer durante los primeros cincuenta años de su misión, también los motivos que influían, al hilo de la política internacional, los movimientos sociales, las modas literarias y el personal talante de los

señores académicos. Me atrevo a elogiar la calidad literaria del autor porque la experiencia y calidad de su traductora, Marina Torres, garantizan la exactitud del traslado.

En 1986 Kjell Espmark ya abordó el tema en *El Premio Nobel literario*. Principios y valoraciones que hay detrás de las decisiones, para analizar “las líneas maestras y las pautas de valoración que han sido decisivas en la praxis de la



Academia Sueca” (6). De entonces hasta la publicación del trabajo que ahora me ocupa, han pasado 15 años que le han permitido ampliar el ámbito de su estudio toda vez que, cuanto concierne a las resoluciones del comité Nobel, las decisiones, las notas, cartas, informes, discusiones, propuestas, votos particulares, etc., de los miembros de la Academia, son confidenciales durante cincuenta años. Por más que el

profesor Espmark sea académico desde 1982 y presidente del Comité Nobel (los tres o cinco académicos encargados de presentar al pleno de la Academia su selección razonada de candidatos), de 1988 hasta 2005, el veto a conocer esa franja de años le impedía hacer algo que no fuera *suponer* o *especular*; unas actitudes incompatibles con el rigor del estudioso. La concesión de un permiso especial para acceder a la

documentación reservada de esos 50 años, —con el compromiso de no utilizar ni “citar propuestas, informes, cartas, discusiones, etc., del último medio siglo” (11) — le ha facilitado valorar con justeza las decisiones y líneas que precedieron a la etapa reservada y explicarlas con la precisión que solo el conocimiento de sus secuelas y la perspectiva, permite al historiador. “Poder verlo todo y llevar una mordaza

es, naturalmente, un desafío” (11), escribe Espmark, quien, sorteando lealmente la “mordaza” mediante el *sistema oblicuo* de utilizar materiales ajenos, declaraciones a la prensa hechas por académicos locuaces, filtraciones, o incluso partes de alguna deliberación que “aparece en un discurso al premiado, en una reseña o en una entrevista —y con ello se hace posible citarla” (12). Las cartas de académicos conservadas en bibliotecas públicas, sin el sello de *confidencial* (las de Anders Österling, Karl Ragnar Gierow y otros), las indiscreciones y fugas de datos reservados y la aparición de materiales como las evocaciones de Gunnar Jarring hablando de las discusiones sobre Solzhenitsin, o la apertura que ha conducido a premiar a Wole Soyinka o Gao Xingjian permiten afirmar que “a la imagen de los últimos 50 años, puede dársele una claridad y unos matices mucho más amplios de lo que las condiciones parecen permitir” (12).

“ Por más que el profesor Espmark sea académico desde 1982 y presidente del Comité Nobel (...) de 1988 hasta 2005, el veto a conocer esa franja de años le impedía hacer algo que no fuera suponer o especular. ”

Alfred Nobel legó su patrimonio (1895) a la “Academia de Estocolmo” [*sic*] para que concediese cinco premios a quienes durante el año anterior hubieran “llevado a cabo el mayor servicio a la humanidad”; ordenó que el premio literario se otorgara al que “haya producido lo mejor en sentido ideal” (6) y afirmó que es “voluntad expresa del testador que en la concesión del premio no se preste la más mínima consideración a ningún tipo de pertenencia nacional de modo que

el más digno obtenga el premio, sea natural de Escandinavia o no” (8)². Un internacionalismo que casaba con el temperamento rebelde, utopista y enemigo de los curas de Nobel y explica qué entendía con beneficiar a la humanidad “en sentido ideal”. Pero, si se prescindiera del carácter del testador, la polisemia del término “ideal” permite interpretarlo en sentido dogmático y conservador (como hizo Wirsén), o como impulso liberador opuesto a la opresión de las leyes, de la religión y de las instituciones políticas y sociales establecidas.

Los *Estatutos básicos de la Fundación Nobel*, entre otras concreciones, fijaron que en el concepto de “literatura” entrarán obras de filólogos y pensadores “que por la forma de presentarse posean valor literario” (8) y que el premio no se redujera a una obra del año anterior y pudiera premiarse una trayectoria amplia. Así pudo el historiador Theodor Mommsen obtener el segundo Nobel de literatura.

La Academia Sueca dudaba en aceptar el legado Nobel: los historiadores “Hans Forssell y Carl Gustaf Malmström, no querían la donación [...] porque] esa función restaría interés a las tareas reales y convertiría a la Academia en un “tribunal literario cosmopolita” (15). Para el poeta Carl David af Wirsén no aceptar el encargo lo condenaba a desaparecer y advertía de las críticas que recibiría la Academia si “por razones de comodidad evitara ocupar una posición influyente en la literatura mundial” y criticaba que la Academia, comisionada para estudiar y velar por la literatura de su país, pudiera ignorar “lo mejor de la literatura extranjera”. El muy conservador e influyente Wirsén

² La península de Escandinavia era en 1895 una unidad política hasta que Noruega se independizó de Suecia en 1905. El Premio Nobel de la paz es el único que se entrega en Oslo; todos los demás los reciben los agraciados en Estocolmo.

callaba que parte de su fervor radicaba en “la enorme posición de prestigio y poder” (16) que la capacidad de gobernar el premio de literatura concedía a los académicos, como escribió al obispo y académico Rundgen. Su decimonónica interpretación del concepto de “ideal” marcó hasta su muerte (1912) la primera década de los Nobel literarios, un periodo que Espmark titula “El trono, el altar y la familia”, en el que se rechazó a Tolstoy y a Bernard Shaw y se premió a Henryk Sienkiewicz.

“ Alfred Nobel ordenó que el premio literario se otorgara al que “haya producido lo mejor en sentido ideal”. ”

Nuevos tiempos

En la etapa de la Gran Guerra los académicos quisieron ser neutrales y premiar la buena literatura, independientemente de que la nación del escritor fuera contendiente (Romain Rolland). La imparcialidad llevó a no premiar a Pérez Galdós, malquisto por la Iglesia católica y a desestimar autores en lengua vernácula (Guimerá, en catalán, Juhani Aho, en finlandés), por no molestar a la lengua mayoritaria. Hacia 1920 un “notable rejuvenecimiento de la Academia” (73) difumina la exigencia de las visiones teístas de Dios, valora más los aspectos artísticos y concibe *lo ideal* en el ámbito del humanismo: se premia a Yeats, Shaw, Bergson, Mann. El acercamiento en la década de los treinta al lector normal, el que más se beneficia de ciertas lecturas, hace temer que se premien best sellers y, de hecho, se discutió el caso de Margaret Mitchell, autora de *Lo que el viento se llevó*; se premió a Martin du Gard y a Parl S. Buck, pero también al rupturista Pirandello.

Una propuesta siempre pospuesta durante estos años fue Ramón Menéndez Pidal. El zanjón de la guerra europea radicalizó la política del premio; el comité no temía el hermetismo, valoraba el arte “atrevido” (138), la influencia que ejerce sobre otros escritores y no le arredra premiar buenos escritores, aunque fueran homosexuales como Gide. No faltaron opiniones extraliterarias que preferían premiar escritores que no estaban en el mercado, por encima de los que ya ganaban más de lo que el Nobel podría aportarles, para cumplir la idea “favorecedora” del fundador y seleccionar al “hombre apartado de los caminos literarios trillados” (177). La postguerra animaba a buscar nuevos escritores y otros valores.

A lo largo de más de un siglo el comité no ha podido evitar la tentación de considerar los aspectos nacionales y geográficos y no han faltado discusiones sobre la conveniencia de premiar escritores de zonas no atendidas o no repetir autores de un lugar en escaso margen de tiempo; esto benefició a Benavente y pospuso a Yeats. Con García Márquez — en absoluto desconocido— se aplaudió la literatura dedicada a una comunidad, como sucedió con Pablo Neruda (1971) y con Patrick White (1973). El galardón a Seifert se dio porque representaba “el alma de su país pero que hasta entonces había pasado desapercibido fuera de las fronteras del mismo” (186). Vencida la década de los ochenta la Academia se acusa de eurocentrismo y el comité procura incluir “idiomas raros” y zonas olvidadas. Entran en las conversaciones el escritor árabe Adonis y Mahfuz, como entró Kavafis y luego Kertész y Pamuk. Un problema del comité ha sido la barrera idiomática y su dependencia del criterio de los académicos encargados de analizar y defender autores de las áreas en que son especialistas. Pero, periódicamente, y hacia finales

de los años ochenta con más insistencia, aparece la vocación de equilibrio y las opiniones se dividen entre quienes señalan que hay “culturas primitivas” incapaces de desarrollarse de una manera global y quienes piensan lo contrario: “Lundkvist —dice Espmark— solo esperaba que las literaturas más alejadas no tardasen en “igualar la ventaja occidental” para que pudieran “formar parte de la comunicación cultural global completamente” (212). La historia que tan magistralmente analiza y pormenoriza Kjell Espmark, aduciendo testimonios y siguiendo los hilos conductores en su basculación y derivas, no cabe en el espacio que tengo asignado (y he superado). Es imposible resumir las fluctuaciones que empujan a los académicos suecos a contrabalancear méritos, calidades, atender al hecho de la “difusión global” o a situar en su justo lugar el asunto de la integridad política y el decoro moral. Invito a leer el libro y a seguir de la mano del profesor Espmark las zozobras de quienes en Estocolmo tienen un mandato global que debe empastar arte, calidad, ideal y humanismo. Espmark afirma que ni la Academia ni sus críticos han obedecido el testamento de Nobel. ¿Podían? Sobre esas cláusulas testamentarias Kjell Espmark, gran poeta y novelista, además de historiador de la literatura, reflexiona con gran criterio ético y filológico: “Uno debería haberse preguntado si una obra está dedicada a reducir el sufrimiento y a aumentar la alegría de muchos” (336).

Zaragoza, septiembre de 2014